

## III

Hacia doce días que Jorge estaba de viaje, y á pesar del calor y del polvo, Luisa se vistió para ir á casa de Leopoldina. Ella sabía que si Jorge lo llegara á saber tendría un disgusto. ¡Pero hallábase tan harta de estar sola! ¡Se aburría tanto! Durante la mañana se distraía con los cuidados domésticos de la casa, con sus labores, con alguna novela. ¡Pero por la tardel...

A la hora en que Jorge acostumbraba á volver del Ministerio, pareciale que su soledad aumentaba. Echaba de menos su campanillazo y sus pisadas en el pasillo. Al anoecer, se entristecía sin causa, caía en una vaga melancolía; sentada al piano recordaba los fados tristes, y las cavatinas apasionadas. ¡Los pensamientos románticos que entonces exhalaban su mente! Luego, de noche, sola, como perdida en el amplio lecho conyugal, sin poder cerrar los ojos, desvelada por el calor, era presa de terrores y agitaciones de viuda.

No estaba acostumbrada, no podía estar sola. Hasta tuvo la idea de llamar á su lado á la tía Patrocinio, una parienta anciana que vivía en Belén, así

cuando menos tendría alguien que la acompañase. Luego reflexionándolo, no lo hizo; temió aburrirse más en compañía de aquella anciana, alta, flaca y taciturna, siempre haciendo calceta, cabalgados sobre la nariz los enormes quevedos montados sobre guarnición de concha.

Aquella mañana había pensado en Leopoldina y se sintió feliz al poder visitarla y cuchichear con ella durante las aburridas horas de la tarde.

Peinábase ante el espejo en corsé y enaguas. La camisa descotada mostraba los hombros blancos, una armónica redondez, y el cuello terso donde azuleaban las venas y sus brazos torneados, un poco rosados hacia el codo que al alzarse para arrollar los cabellos y sujetar las trenzas, descubrían ocultos nidos formados de vello enortijado y rubio.

Acababa de lavarse y aun conservaba su piel el húmedo rosado del agua fría y flotaba en la habitación un agradable perfume de colonia. Las cortinas de muselina blanca sumían la habitación en una luz cernida con tonos lechonos.

¡Ah! Positivamente iba á escribir á Jorge para que volviese cuanto antes. Quizás sería mejor que ella misma fuese á Evora para sorprenderle. Llegaría de pronto á eso de las tres y cuando él regresase cubierto de polvo, rendido de calor, con los lentes azules y el sombrero de anchas alas, se echaría en sus brazos loco de alegría. Después, al anoecer, con su vestido fresco, todavía molida del viaje daría una vuelta con Jorge para ver la ciudad. Todos se admirarían al verla pasar por las calles estrechas y solitarias; los dependientes saldrían á las puertas de las tiendas. ¿Quién es? — Es una señora, es la mujer del ingeniero. — Un largo y adulator murmullo se levantaría á su paso.



Delante del tocador, acabando de abrocharse el vestido, Luisa sonreía á sus pensamientos y á su rostro que se reflejaba en el espejo.

La puerta del cuarto giró suavemente.

—¿Quién es?

La voz plañidera de Juliana. dijo:

— Si me permite la señora iré á casa del médico.

— Vaya usted, pero no tarde. Estíreme la falda.

¿Pero qué es lo que usted tiene?

— Palpitaciones, señora... en el corazón... he pasado toda la noche sin dormir.

Estaba más amarilla que nunca, con los ojos apagados y la faz envejecida. Llevaba puesto un vestido de merino negro, ya usado.

— Está bien, vaya usted, pero déjelo todo arreglado antes de irse y no tarde, ¿ha oído usted?

Juliana salió y se dirigió á la cocina. La cocina era grande, estaba situada en el segundo piso y recibía la luz por el patio. La cocinera andaba tragiando. Juliana la dijo:

— Ya hablé con la señorita y me ha dado permiso, señora Juana. Dice que puedo ir. Voy á vestirme. La señorita estaba acabando de arreglarse para salir. Queda usted dueña de la casa, señora Juana.

La cocinera se puso roja de alegría. Después comenzó á cantar de pechos sobre la ventana sacudiendo una alfombra maltrecha. Durante esta operación no apartaba los ojos de una casa baja situada enfrente, pintada de amarillo y con amplio zaguán.

Era la carpintería del tío Juan Gallo, donde trabajaba su novio. La pobre Juana bebía los vientos por aquel muchacho. Se llamaba Pedro, era un mozo alto, pálido, con un gran aspecto de fatiga en toda su persona. Juana era de Avintes, en la riera del Miño, de familia labradora, y aquel tipo lisbo-

nense, flaco y anémico la sedujo por el contraste. Como Juana no podía salir entre semana, introducíale en casa por la puerta trasera cuando tenía la fortuna de quedar sola, para lo cual colgaba en la ventana como aviso, la alfombra raída donde aun se advertían los cuernos de un venado.

Era una moza fuerte, con pechos de nodriza y cabellos de azabache lustrosos de aceite. Tenía el perfil corto, de plebeya voluntariosa y terca, las cejas juntas, hacían aparecer más negros sus ojos.

Viéndola colgar la alfombra, Juliana murmuró:

— La señora Juana ya ha puesto la contraseña.

La cocinera se puso roja. Juliana continuó:

— No se apure, mujer, ¿qué mal hay en eso?

Juliana estaba al tanto de los amores de la cocinera, pero guardaba el secreto porque necesitaba de ella... Juana le daba caldos entre horas ó le hacía un filete á escondidas de la señorita. Su puritanismo de solterona la hacía renegar de aquel escándalo, pero bien pensado, se dejaba mimar porque su complacencia proporcionaba dulzuras sin cuento á sus aficiones de golosa.

Después de una larga pausa Juliana murmuró:

— Yo, en el lugar de usted, señora Juana, le daría lo mejor de la comida. No hay tontería mayor que tener escrúpulos á causa de los amos. La ven á una morir como si fuese un perro.

Con una sonrisa amarga que mostraba sus dientes amarillos, añadió:

— ¿Sabe usted lo que me ha dicho la señorita, señora Juana? Que no me detuviese mucho en casa del médico. Es como decirle á una "cúrate ó revienta de una vez...". Suspiró profundamente y tomó una escoba de un rincón.

— Nos toman por bestias de carga, señora Juana.

Bajó y se puso á barrer el corredor llevando el



polvo hacia el rellano, con ese ruido especial del esparto que frota sobre la madera. Toda la noche había estado mal. En su cuarto, allá arriba bajo el tejado, se ahogaba y el olor de los ladrillos recalentados le producían mareos desde el comienzo del verano. Respiraba con dificultad. La noche anterior había arrojado cuanto había comido. Y estaba en pie desde las seis de la mañana, sin un minuto de descanso, disponiendo, traginando de una parte á otra, con el estómago revuelto y un amago de dolor en el costado. Acababa de abrir la puerta de la escalera y entre suspiros daba escobazos contra el pasamano.

—¿Está en casa la señora?

Volvióse sorprendida. En uno de los últimos escalones estaba un hombre que le pareció extranjero. Era alto, moreno, con el bigote levantado y una flor en el hojal. El charol de sus zapatos resplandecía.

—La señora vá á salir,—dijo Juliana mirándole con curiosidad.—Si el señor quiere darme su nombre...

El caballero sonrió.

—Dígale usted que es para un negocio... para un negocio de minas.

Luisa delante del tocador ya con el sombrero puesto colocaba una rosa de te en un hojal del corpiño.

—Un negocio—repitió sorprendida.—Debe ser algún recado para Jorge. Dígale usted que pase. ¿Qué clase de hombre es?

—Un caballero bien portado.

Luisa se bajó el velo, abrochóse lentamente los guantes de piel de Suecia claros, ahuecó ante el espejo su corbata de encajes y abrió la puerta del salón. Pero retrocedió ruborizada y llena de asombro. Le había reconocido: ¡era el primo Basilio!



Hubo entre ambos un *shake-hands* largo y un poco trémulo. Ella con toda la sangre en el rostro, sonriendo vagamente y con los ojos bajos, él envolviéndola en una mirada llena de admiración. Pero las palabras y las preguntas llegaron pronto y se sucedieron rápidamente. ¿Cuándo había llegado? ¿Le había reconocido ella? Cómo había él averiguado donde vivía? Había llegado la víspera en el vapor de Burdeos y se había informado en el Ministerio donde supo que Jorge estaba en el Alentejo, dándole su dirección.

—¡Cómo has cambiado, Dios mío!—dijo él.

—¿Envejecida?

—No tal, embellecida.

Hablaban alto y con viveza. Luisa le preguntó qué había hecho y si pensaba quedarse en Lisboa. Luego abrió las maderas de la ventana y entró la luz más viva. Se sentaron; él en el sofá, con perezosa actitud, ella al lado, sobre el borde de una butaca con las manos temblorosas y toda nerviosa. Había dejado, dijo él, los trabajos forzados del destierro y venía á respirar un poco de aire á la vieja Europa. Había estado en Constantinopla, en Tierra



Santa, en Roma. El pasado año lo había dedicado á París.

Venía de allá, de aquel encantador París. Hablaba lentamente inclinándose hacia ella con un aire íntimo, extendiendo cómodamente sobre la alfombra sus pies calzados con zapatos de charol.

Luisa le miraba. Hallábase más varonil y más morena. En su cabello negro y rizado, ahora lucían algunos hilos de plata: pero el bigote, pequeño, conservaba su antiguo aspecto juvenil orgulloso é intrépido y los ojos, cuando reía, la misma dulzura húmeda de fluido. Reparó en su alfiler de herradura adornado de perlas que se destacaban sobre la corbata de raso negro y en sus caletones de seda bordados de estrellas. Decididamente, el Brasil no le había vulgarizado. Volvía más interesante.

— Pero tú, cuéntame ¿qué es de tú vida? decía él con una sonrisa inclinándose hacia ella. ¿Eres feliz? ¿Tienes un chiquitín, verdad?

Luisa rióse.

— No. ¿Quién te ha dicho eso?

— Me lo habían dicho. ¿Va á estar mucho tiempo fuera tu marido?

— Tres ó cuatro semanas.

— ¡Cuatro semanas! Casi la viudez.

Le pidió permiso para ir á verla á menudo y á hacerle compañía.

— ¿Por qué no? Eres el único pariente que me queda.

Era verdad. La conversación se hizo íntima y melancólica: recordaron á la madre de Luisa, á la tía Jojo, como la llamaba Basilio. Luisa contó su muerte, muy dulce, en una poltrona, sin un gemido.

— ¿Dónde está enterrada?—preguntó Basilio con

una voz grave; y añadió estirando con un gesto solemne los puños de su camisa de batista.

— ¿Estará en nuestro panteón?

— Sí.

— Iré allá. ¡Pobre tía Tojo!

Hubo una pausa.

— ¿Pero tú te disponías á salir?—exclamó Basilio de repente, queriendo levantarse.

Luisa protestó.

— No, no. Estaba aburrída, no sabía qué hacer y quería tomar un poco el aire.

El todavía dijo:

— Por mí no te quedes.

— ¡Qué locura! Iba á casa de una amiga á pasar la tarde.

Y se quitó el sombrero. En aquel movimiento los brazos levantados descubrieron las formas del seno, acusándolas suavemente.

Basilio se retorció el bigote. Viendo que Luisa se quitaba los guantes, murmuró:

— En otro tiempo era yo quien te ponía y te quitaba los guantes... ¿Te acuerdas?... ¿Aun tendré el privilegio, creo yo?

Luisa se rió.

— Pues yo creo lo contrario.

Basilio dijo lentamente con los ojos fijos en la alfombra:

— ¡Ah! Cómo cambian los tiempos.

Después habló de Colares; su primera idea al desembarcar, fué la de ir á ver la quinta. ¿Existía aún la mecedora bajo el castaño? Se había conservado el tiesto de rosas blancas junto á aquel Cupido de yeso que tenía un ala rota? Luisa había oído decir que la quinta era ya propiedad de un brasileño que había hecho en ella muchas mejoras, ahora tenía dando vista al camino, un mirador, adornado con



gruesas bolas de vidrio y la antigua casa de familia había sido derribada y reemplazada por otra nueva, amueblada por Gardé.

—Nuestra pobre sala de billar pintada de amarillo, —dijo Basilio con pesaroso acento. Después, mirando intencionalmente á Luisa, añadió:

—¿Te acuerdas de nuestras partidas de billar?

Luisa, sonreía confusa, torciendo sus guantes con los dedos.

Basilio alzó los hombros con tristeza y quedó mirando los dibujos y flores de la alfombra. Pareció entregarse á los recuerdos de un pasado lejano y melancólico.

—¡Aquellos fueron mis buenos tiempos!

Luisa podía contemplar la cabeza de Basilio inclinada por el recuerdo de la felicidad pasada. Su cabellera negra partida, por una estrecha raya, estaba sembrada de hebras blancas. Ella misma sentía que una vaga emoción la embargaba el pecho. Levantándose, abrió la ventana como si quisiera con un exceso de luz disipar su turbación. Volvió á sentarse y le habló de París y de Constantinopla.

Ella amaba los viajes.

Soñaba con países remotos. Siempre había deseado ir á Oriente, seguir las caravanas, balanceándose sobre el lomo de los camellos sin miedo del desierto ni de las fieras.

—¡Qué valiente te has vuelto!—dijo Basilio.—En otro tiempo tenías miedo de todo... Hasta de la cueva en nuestra casa de Almada.

Luisa enrojeció. Recordaba muy bien aquella cueva con su suelo resbaladizo y su frescura húmeda que daba escalofríos. Un candil de aceite colgado del muro alumbraba con claridad triste y humosa las grandes y oscuras vigas cubiertas de telas de araña y la fila tenebrosa de panzudos toneles. Basi-

lio la había dado algunas veces en los rincones besos furtivos...

Por disimular su turbación preguntó á Basilio qué había hecho en Jerusalén y si era bonito.

—Es curioso. Por la mañana, después del desayuno, iba un momento al Santo Sepulcro. Luego montaba á caballo... El hotel no era del todo malo y se encontraban inglesas bonitas. Había hecho amistades ilustres.

Decía todo esto meciendo sus piernas cruzadas; su amigo, el patriarca de Jerusalén, su anciana amiga la princesa de Latour de Auvergue. Pero el mejor momento, según él, era por la tarde en el Huerto de los Olivos; teniendo ante sus ojos las murallas del templo de Salomón y la humilde aldea de Bethania, donde Marta hilaba á los pies de Jesús. A lo lejos, el mar Muerto brillaba inmóvil bajo los rayos del sol. Entonces, sentado sobre un banco, pasaba momentos deliciosos fumando tranquilamente su pipa.

—¿No has corrido ningún peligro?

—Tampoco han faltado: una espantosa tempestad de arena en el desierto de la Arabia Petrea. ¡Pero qué delicioso viaje con sus caravanas y sus campamentos!

Y describía su traje, compuesto de una manta de pelo de camello, rayada de rojo y negro, un puñal de Damasco pendiente de un cinturón de Bagdad y la larga lanza de los beduinos.

—Eso te debía estar muy bien.

—Muy bien. Tengo fotografías. Te daré una. Luego añadió:

—¿Sabes que te traigo algunos regalos?

—¿De veras?—dijo ella con los ojos brillantes.

—Primeramente lo mejor; un rosario.

—¿Un rosario?

—Sí, una reliquia bendecida por el patriarca de



Jerusalén sobre la tumba de Cristo. Con muchas indulgencias concedidas por el Papa.

Porque había visto al Papa, un viejecito todo vestido de blanco.

—Antes no eras devoto, dijo Luisa.

Ni lo soy; pero no me gusta poner esas cosas en ridículo, —respondió él riendo.

—¿Te acuerdas de la capilla en nuestra casa en Almada?

Allí habían pasado hermosas tardes. Al pie de la capilla había un atrio de hierbas altas y floridas, y las amapolas al menor soplo de viento, se agitaban como mariposas de alas encarnadas posadas allí.

¿Y aquel tilo donde hacía yo gimnasia, recuerdas?

—No hablemos del pasado.

—¿De qué quieres entonces que hable? El pasado es mi juventud. ¡El mejor tiempo de mi vida!...

Ella sonrió.

—¿Y en el Brasil, qué has hecho?

—¡Qué país! Hasta hice la corte á una mulata.

—¿Y por qué no te has casado?

—¿Te bromeas? ¡Con una mulata!—Luego con voz arrepentida y triste, murmuró:—Puesto que no me casé cuando debí hacerlo, ya no lo haré... permaneceré soltero.

—¿Y qué es el otro regalo, además del rosario?—dijo Luisa después de un silencio en que sus mejillas se tiñeron de púrpura.

—¡Oh! Son guantes para el estío, de piel de Suecia con ocho botones. Aquí lleváis guantes pequeños de dos botones que dejan al descubierto la muñeca. ¡Eso es horrible! ¡Después de lo que yo he visto, las mujeres de Lisboa se visten á cual peor! ¡Es atroz! No digo eso por ti, porque estás vestida con sencillez como toda mujer elegante con *chic*; pero en general es espantoso. ¡Qué *toilettes* tan frescas y tan

deliciosas este verano! En París todo es superior. Así es que desde que he venido, no puedo comer absolutamente nada. No hay como París para comer.

Luisa daba vueltas entre los dedos á su medallón de oro prendido al cuello por un terciopelo negro.

—¿De modo que has pasado un año en París?

—Un año delicioso. Ocupaba una habitación encantadora que había pertenecido á lord Falmaurth, calle de San Florentino; tenía tres caballos.

Recostándose mucho, con las manos en los bolsillos, murmuró:

—Hay que pasar por este valle de dolores lo más confortablemente posible. ¿Tienes algún retrato en ese medallón?

—El de mi marido.

—¡Ah! déjame verlo.

Luisa abrió el medallón. Basilio se inclinó. Ella entonces pudo aspirar el perfume delicado que exhalaban sus cabellos.

—Está muy bien,—dijo Basilio.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es sofocante el calor, verdad?—murmuró Luisa.

Se levantó y abrió un poco la ventana. El sol no daba ya en ella y un soplo de aire agitó los pliegues del cortinaje.

—Hace tanto calor como en el Brasil. ¿Sabes que estás más alta?

Luisa estaba de pie y la mirada de Basilio recorría todas las líneas de su cuerpo. Con voz suave, íntima, los codos apoyados en las rodillas y el rostro vuelto hacia ella, exclamó:

—Vamos, con franqueza. ¿Pensabas que yo vendría á verte?

—¡Qué pregunta! me hubiera enfadado si no hu-



bieras venido; tú, mi único pariente... Siento solamente que no esté mi marido.

—Precisamente porque sabía que no estaba, es por lo que...

Luisa enrojeció. Basilio mismo, confuso, continuó, reprimiendo una sonrisa:

—Quiero decir... tal vez él sepa algo de lo pasado...

—Tonterías... éramos niños.

—¡Niños!... Yo tenía veintisiete años.—Dijo Basilio sonriendo é inclinándose.

Siguió un momento de silencio embarazoso. Basilio retorciase el bigote y miraba distraído en torno suyo.

—Estás bien instalada aquí.

Luisa confesó que, efectivamente, no estaba mal. La casa, aunque pequeña, era cómoda y le pertenecía.

—Está perfectamente bien. ¿Quién es esta señora con lentes de oro?

E indicaba un retrato colgado en la pared, sobre el sofá.

—Es la madre de mi marido.

—¡Ahl ¿vive todavía?

—No, murió.

—Realmente es lo mejor que puede hacer una madre política.

Basilio bostezó ligeramente, miró las puntas de sus zapatos puntiagudos y con un movimiento brusco se levantó, tomando su sombrero.

—¿Ya te vas?—dijo Luisa.—¿Dónde te alojas?

—En el hotel Central... ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Cuando quieras.

—¿Es permitido aun besar la mano de una anti-

gua prima?—preguntó Basilio sonriendo y tomando la mano de Luisa.

—¿Por qué no?

Basilio depositó sobre la mano de Luisa un largo beso acompañado de una dulce presión.

—Adiós,—dijo.

En el umbral de la sala, sosteniendo alzado el portier, se volvió:

—¿Crearás que hace poco, al subir la escalera, me preguntaba cómo iba á pasar todo esto?

—Todo esto, ¿qué?... ¿Si debíamos volver á vernos? ¡Seguramentel ¿Qué creías tú?

—Yo no creía que tú eras tan buena,—dijo Basilio después de un momento de vacilación.—¡Adiós, hasta mañanal

Al pie de la escalera encendió un cigarro.

—¡Diantre, qué linda está!—pensó.—¡Y yo qué bruto era—dijo tirando con violencia la cerilla— que casi había resuelto no venir! ¡Es apetecible la prima, mucho más que otras veces! Y sola en casa, frente á frente con el aburrimiento tal vez... ¡Bien vale la pena!

Llegó á la Patriarcal y llamó un cupé vacío; tendióse en él con el sombrero entre las rodillas, y en tanto los dos rocines trotaban, pensaba:

—Aparenta esmero en su persona, lo que es cosa rara aquí. Las manos están cuidadas, los pies son lindos.

Al recordar la pequeñez de aquel pie, sacó como conclusión en su pensamiento, una multitud de bellezas, tratando de adivinarlas.

La mujer que había dejado en París era más alta y más delgada, de una elegancia de tísica. Cuando se descotaba, se le veían los huesos de la espalda. Las formas redondas de Luisa acabaron de decirle.



—¡A ella, á ella! ¡Como Santiago á los moros!

Cuando Luisa oyó cerrarse la puerta de la calle tras de Basilio, entró en su cuarto, colocó su sombrero sobre el confidente, y fué á mirarse en el espejo. ¡Qué dicha haber estado vestida! ¡Si la hubiera encontrado en traje de casa ó mal peinada! Se vió con la cara encarnada, se dió polvos de arroz, y fué á la ventana, donde, con los brazos cruzados, se puso á mirar á la calle y al sol, que daba todavía en la pared de enfrente. Dieron las cuatro, y Leopoldina estaría seguramente comiendo. ¿Qué hacer hasta las cinco? Escribir á Jorge...; pero tenía pereza. ¡Hacía tanto calor! Y, además, ¡tenía tan poco que decirle! Empezó á desnudarse ante el espejo, mirándose mucho, y complaciéndose al verse tan blanca, acariciando la finura de su piel, entre bostezos lánguidos, de un cansancio feliz.

¡Siete años hacía que no había visto á Basilio!

Estaba más moreno, más tostado, pero quizá esto mismo le favorecía.

Después de comer, se sentó junto á la ventana, extendida en un sillón, con un libro abierto sobre las rodillas.

El viento había calmado, y el cielo, de un azul profundo, aparecía inmóvil; los pájaros piaban en una higuera silvestre.

De una fragua próxima salían martillazos continuos y sonoros, descargados sobre el yunque, moldeando el hierro. Poco á poco, el azul del cielo desvaneciése.

Hacia el ocaso, celajes anaranjados, se extendían como grandes pinceladas.

Después, todo se cubrió de una sombra difusa, silenciosa y cálida. Un lucero muy vivo lucía y temblaba en la altura. Luisa se dejó caer en el *voltaire* olvidada, absorta, sin pedir luz.

—¡Qué vida tan interesante la del primo Basilio!—pensaba.— ¡Lo que ha visto! Si ella pudiese también hacer sus maletas, partir, admirar espectáculos nuevos y desconocidos; la nieve en los montes, relucientes cascadas... ¡Cómo deseaba visitar los países que conocía por las novelas! Escocia, con sus lagos melancólicos; Venecia, con sus trágicos palacios. Quisiera anclar en bahías donde un mar luminoso y rielante muere sobre la arena dorada: y desde cabañas de pescadores, donde viven las Graziellas, ver azulear á lo lejos las islas de nombres sonoros. Ir á París... París, sobre todo; pero ¡ah! nunca viajaría; eran pobres; Jorge era casero y tan apegado á Lisboa...

¿Cómo sería el patriarca de Jerusalém? ¿Sería un anciano de largas barbas blancas, recamado de oro, entre músicas solemnes y nubes de incienso? ¿Y la princesa de la Tour d'Auvergue? Debía ser bella, de una estatura real, viviría cercada de pajes. Tal vez se habría enamorado de Basilio... La noche oscurecía. Empezaban á lucir otras estrellas... Pero, ¿de qué servía viajar, molestarse haciendo equipajes, bostezar en los vagones, y cabecear de sueño en las frías madrugadas? ¿No era mejor vivir con un buen *comfort* en una casita abrigada, permitirse una noche de teatro á veces, tener un marido tierno, y gozar de un buen almuerzo en las mañanas claras, cuando los canarios charlan? ¿Y no tenía ella todo esto para ser feliz? Entonces la acudió un melancólico recuerdo de Jorge. Deseaba abrazarle, tenerle allí, y encontrarle fumando su pipa en su despacho, bien abrigado con su chaqueta de terciopelo. Tenía todo; él, para que su mujer estuviese feliz y orgullosa, era guapo, con unos ojos magníficos, tierno, fiel. No la gustaría un marido con una vida sedentaria y casera, pero la profesión de Jorge era interesante.